

"Mejor salario y menos hijos son los requisitos indispensables para emancipar a la mujer"

Para las que nos interesamos por la suerte de la mujer es muy doloroso constatar que si bien las costumbres y las leyes han cambiado mucho para las que pertenecemos a las clases más o menos acomodadas, nada de esto ha influido en beneficio de la mujer del pueblo. Las mujeres llamadas burguesas hemos obtenido franquicias y libre pase hacia las carreras liberales; ya no somos mal miradas si andamos solas por las calles o penetramos en las oficinas, con lo cual se nos han facilitado nítidas posibilidades económicas, haciendo de agentes comerciales, formando parte de la redacción de los periódicos, etc., etc.

Estas nuevas costumbres han influido también en nuestra cultura, pues el más amplio concepto de la libertad nos permite renovar nuestras ideas, conversar con quien queramos, asistir a las conferencias y encontrar, en resumen, mil modos de cultivarnos, aún las que no asistimos a las universidades y centros de estudio.

Hoy por hoy el único sector que va quedando en condiciones desventajosas es la mujer casada, quien tiene todavía múltiples dificultades para manejar libremente sus bienes, y aunque haya hecho de éstos una separación legal, difícilmente encuentra quién esté dispuesto a entrar en negocios con una persona en tales condiciones. Naturalmente nos falta todavía el sufragio político, el divorcio, la investigación de la paternidad y algunos otros derechos, pero ¿qué ha obtenido en comparación con nosotras la mujer del pueblo? ¡Absolutamente nada!

Mientras la mujer acomodada se rebeló contra la bárbara tradición de tener diez o doce hijos, ella, igual que nuestras madres y abuelas, continúa aceptando todos los frutos de su vientre. Los ve nacer y morir con dolor o indiferencia, los cuida, los pone en los huérfanos o los estrangula, pero jamás piensa que el Estado y la sociedad deberían tomar cartas en este problema que arriesga y siega tantas vidas.

Respecto a sus posibilidades económicas, éstas no han tenido ninguna alteración: en tiempos de auge ganó un poco más, en tiempos de crisis muchísimo menos. Altos y bajos que no la liberan de la fábrica, del servicio doméstico o de cualquiera otra índole, el que ofrece por una retribución mínima en relación a lo que debe ser y en relación aún con lo que gana su compañero.

En lo que a la educación y cultura se refiere, continúa tan abandonada como antes. La generación pasada no sabía firmarse. Esta más o menos sabe; puede aún leer lentamente. Pero todo eso es tan árido y difícil de hacer: La mujer que llega a su casa fatigada del trabajo en la fábrica y se encuentra con que tiene todavía que cocinar, lavar, coser y planchar, o la mujer que tiene un montón de niños que cuidar, y que por lo tanto no puede aspirar a un trabajo remunerado y se ve arrastrada a la mendicidad, no son seres que puedan imaginar siquiera que haya otras preocupaciones. Seres para los cuales está vedada toda posibilidad de cultura y todo otro interés que no sea el de satisfacer sus necesidades fisiológicas más elementales. Para ellas sus paisajes y su mundo es la fábrica o el cuartito del conventillo, con su mugre, sus ojotas aporribadas y sus chiquillos semidesnudos.

Así, cuando hablamos de emancipación de la mujer, ¿cómo aplicamos mentalmente nuestra aspiración a este sector de seres tan cruelmente aplastados? Creemos que